

del Españolito y uno de los cuadros más patéticos del renacimiento. De la iglesia pasamos al convento, cuyos soberbios claustros; que miran al golfo de Nápoles, están sostenidos por columnas de mármol blanco del más exquisito grano. Las artes, las ciencias y los pobres, tales han sido en todos los países y en todas las épocas las tres partes que han contribuido al presupuesto de las órdenes religiosas. ¿Cuándo se acordarán de esto? "En medio de todas estas riquezas, nos dice el venerable superior, apenas tenemos pan que comer. Las revoluciones nos han privado de nuestros bienes y hemos vuelto á la pobreza de nuestros primeros padres. ¡Bendito sea Dios!" El buen religioso nos decía esto sin quejarse, y con esa dulce resignación que caracteriza el egoísmo de la virtud. ¿Qué digo? nos elogió á Francia, por la cual sentía una simpatía. Esta caridad, verdaderamente evangélica, para una nación por la cual él y sus hermanos habían tenido tanto que sufrir, me recuerda la frase de un gran Papa: "¡Qué felices son esos franceses! hacen tonteras todo el día y Dios las borra durante la noche."

20 DE FEBRERO.

Iglesia de San Pedro *ad Aram*.—De la Piedad de Sangre.—De San Pablo Mayor.—De San Cayetano de Tiena.—De San Andrés Avelino.—Cámara de este último.—Santo Domingo Mayor.—Cuadros.—Sepulcros reales.—Recuerdos de Santo Tomás.—*L'Incororata*.—Frescos de Giotto.—Iglesia del Monte Oliveto.—Recuerdos del Tasso.—De Santa María del *Círmine*.—Recuerdos del desgraciado Conradino.—El *Gesu Nuevo*.—Cámara de San Gerónimo.—Excursión al lago de Agnano.—Gruta del Perro.—Villa de Polion.—Tumba de Virgilio.—Santa María del *Parto*.—Sepulcro de Sannazar.—Santa María à *Piè di Grotta* (al pié de la Gruta.)

Era domingo y estaba en el orden que siguiésemos en nuestro estudio de los monumentos cristianos. Como á las seis de

la mañana, atravesaba yo de prisa los viejos cuarteles de Nápoles. Las calles súcías, tortuosas, estrechas, me recordaban nuestro barrio Saint-Marceau. Llevaba por guía y por capellan á un joven napolitano nacido de padre frances, y me animaba á decir la misa al extremo de la ciudad en una iglesia olvidada de los viajeros y que se llama San Pedro *ad Aram*. Este venerable edificio, cuya forma irregular é insólita anuncia su alta antigüedad, señala á las generaciones el lugar preciso que habitó San Pedro durante su permanencia en Nápoles. A la izquierda, cerca de la puerta de entrada, hay una pequeña capilla que ocupa el lugar mismo, en donde segun tradicion, ofreció el apóstol los Santos misterios. En el altar muchas veces restaurado, se conserva religiosamente la misma mesa que servia para el augusto sacrificio. Tuve la felicidad de subir á este altar y de hacer bajar á él la adorable Víctima, en aquella misma mesa en que diez y ocho siglos ántes había venido á inmolarse en manos de San Pedro. Acabada la misa, uno de los sacerdotes á quien me dirigí, me hizo examinar con él las diferentes partes de la piadosa capilla. Transcribiré las antiguas inscripciones que me parecen dignas de ello: "*Siste, fidelis et priusquam templum ingrediaris, Petrum sacrificantem venerare. Hic enim primo, mox Romæ filios per evangelium genuit, paneque illo survivissimo cibavit*: De-tente oh cristiano, y ántes de entrar al templo, honra á Pedro que ofrece la augusta Víctima. Aquí desde luego, y despues en Roma, engendró hijos para el Evangelio y les alimentó con el pan delicioso."

La otra, de estilo antiguo, está concebida así:

QUOD. PRIMA. IN LATIO. CHRISTO. PIA. COLLA.
SVBEGI. PARTHENOPE.
HÆC. PETRI. PRÆSTITIT. ARA FIDEM.

"La prueba de que yo. Parthénope, incliné por primera vez la cabeza bajo el yugo de Cristo, es este altar de San Pedro."

Estas inscripciones no son sin duda contemporáneas de los apóstoles; pero no se les puede negar una grande antigüedad, y esto basta para mostrar la perpetuidad de la tradicion.

De la capilla pasamos al oratorio subterráneo de Santa Cándida. Las viejas construcciones subterráneas, sus losas ennegrecidas, su forma antigua, llevan el pensamiento á los de la primitiva iglesia, al recuerdo de las santas oraciones, de las piadosas lágrimas, de los sufrimientos y de las virtudes de que aquellos lugares fueron dichosos testigos, y produce en el alma una impresion de piedad que no puede expresarse con palabras.

Antes de las nueve ya estaba yo reunido á mi pequeña caravana. Al dirigirnos á San Pablo Mayor, echamos una mirada á las estatuas en otro tiempo tan afamadas y hoy tan desacreditadas, de la iglesia *della Pietà de Saugri*. Estas tres estatuas de mármol blanco están cubiertas con velos de mármol que dan testimonio de haberse vencido una gran dificultad. El *Pudor* no tiene nada de aire púdico; Nuestro Señor, envuelto en un sudario trasparente, parece tener más mérito; en fin el *Vicio desengañado*, bajo la figura de un hombre que trata de desembarazarse de una gran red que le cubre, presenta incontestables bellezas de pormenor; la malla de la red de mármol, por ejemplo, es muy natural.

San Pablo Mayor pertenece á los Teatinos. Delante de la puerta principal están dos columnas que forman parte del templo de Castor y de Pollux, edificado en el mismo lugar por Juliano de Tarso, liberto de Tiberio. *La Conversion de San Pablo y la caída de Simon el Mago*, que

adornan la sacristía, pasan por obras maestras del fecundo Solimeno. Pero las verdaderas riquezas de San Pablo Mayor son los cuerpos sagrados de San Cayetano de Tiena y de San Andrés Avelino. Estos dos santos fueron la gloria de su orden, los modelos de los sacerdotes y los bienhechores de su patria. San Cayetano murió el 7 de Agosto de 1547 y San Andrés el 10 de Noviembre de 1608; el mismo convento que habia sido testigo de sus virtudes y de su muerte guarda sus restos preciosos. Despues de haberlos venerado penetramos al claustro. En él se ven los vestigios del teatro en el cual ensayaba Neron sus talentos dramáticos, ántes de presentarse en la escena de la gran Roma. De este monumento de la locura imperial solo quedan ruinas desfiguradas. La religion, que parece haber confiado la conservación de esas ruinas á sus hijos para instruccion de los siglos, les ha legado otro monumento por el cual velan los buenos religiosos con una piedad enteramente filial; quiero hablar de la celda de San Andrés Avelino. Vimos la feliz celda tal como el día de la muerte del santo; nada se ha cambiado. Los pobres muebles que usó, sus libros, su escritorio, su pequeña silla de madera, algunos escritos de su mano, en una palabra, todo lo que compone la fortuna ordinaria de los grandes siervos de Dios, está allí que parece hablar, orar y que conmueve y llena el alma de no sé qué perfume de piedad, cuya dulce impresion se hace sentir largo tiempo.

Doblemente felices con lo que habíamos visto y con lo que íbamos á ver, pasamos á Santo Domingo Mayor. Cuando se entra á aquella iglesia, se siente uno en plena edad média. A pesar de los cambios que ha sufrido despues de seis siglos, lleva siempre el sello grandioso del arte gótico y el génio poderoso y severo de Santo Domingo; parece reflejarse aquí co-

mo en todos los demás edificios de su órden. Entre los objetos de arte, se encontraba la *Crucifixion* y la *Resurreccion*, preciosos frescos de Angelo Franco, el Giotto napolitano; el *Cenotáfio* del cardenal Spinelli; el sepulcro de *Juana de Aquino*, muerta en 1300, y el de la princesa de Faveloto, Doña Vicenta de Aquino, la última de este nombre, muerta en 1599; el *Retrato* contemporáneo de Santo Domingo, tenido por verdadero y el monumento de Galeas Pandone, una de las maravillas del arte, debida á Juana de Nola.

Antes de entrar á la capilla del gran Crucifijo, que reservábamos para lo último, visitamos la sacristía, que es por sí sola uno de los monumentos más notables de Nápoles. Los frescos del techo, sus armarios de raíz, sus estucos dorados, su pavimento de preciosos mármoles, desaparecen ante los doce sepulcros de la casa de Aragon. Esta necrópolis real encierra toda una dinastía, eternamente sentida por los Napolitanos, á quienes dió felicidad y gloria. Las tumbas colocadas al aire, en un estrado circular, están cubiertas de terciopelo carmesí y coronadas con una pequeña figura de la muerte pintada en claro oscuro, con esta inscripcion: *Sceptra ligonibus æquat*.

Por fin íbamos á ver la maravilla de Santo Domingo Mayor. Abrióse la gran capilla del *Crucifijo*, y uno de los religiosos, acercándose al altar mayor, descubrió el Crucifijo milagroso, objeto de una veneracion seis veces secular. Por órden del papa Urbano IV habia compuesto Santo Tomás el magnífico oficio del Santo Sacramento, en el cual se reune la teología más exacta á la piedad más tierna y á la poesía más elevada. Muchas veces el *angélico* autor habia ido á buscar sus inspciones á los pies de este Crucifijo; cuando acabó su trabajo vino á dar gracias al Dios de quien descende todo dón perfecto. El

divino Maestro, animando de un modo repentino su imágen, hizo oír á Santo Tomás estas palabras: *¿Bene scripsisti de me Thoma; quam mercedem recipies?* "Escribiste bien de mí, Tomás, ¿qué recompensa pides? — "Ninguna otra más que vos, Señor;" *non aliam nisi te, Domine*, respondió el santo que se sentia levantar en el aire. El Crucifijo, ennegrecido ya por el tiempo, puede tener un metro y medio altura, y de la boca de Jesucristo se ven salir las palabras que preceden, y que fueron pintadas inmediatamente despues del milagro.

Tomás, cuyos escritos recibian la aprobacion del Cielo y los aplausos de la tierra entera, habitaba como el último de sus hermanos una umilde celda. Esta cámara, en donde compuso el oficio del Santo Sacramento, en donde vivió durante quince meses que enseñó la teología en Nápoles, ha sido trasformada en capilla, sin perder su primitiva forma. Es pequeña, débilmente iluminada y dividida por un tabique del cual está suspendida la campana que llamaba á los escolares del Doctor angélico. Abajo está la clase misma en que daba sus lecciones y en ella se ven los despojos de su cátedra. Esta sala es oblonga y recibe luz por tres claraboyas. El poderoso profesor recibia por sus servicios seis ducados ó veinticinco francos de nuestra moneda! (5 pesos). I

Entre las otras iglesias de Nápoles, el artista cristiano verá con interes la *Incoronata*, *Santa Lucía* y otras de que hablaré más tarde. La primera es rica en pinturas del Giotto: el *Matrimonio de la reina Juana* y los *Siete Sacramentos*, son dignos del pintor católico y dan á canocer lo que el arte pudo llegar á ser sin la influencia pagana del renacimiento. La segunda inte-

I La órden de Carlos de Anjou, que fija esta suma, se conserva todavía en los archivos de Nápoles; es de 1272.

resa por su antigüedad. Santa Clara, coronada con un bello campanario gótico, es la más elegante de las iglesias de Nápoles; sirve de sepultura á la familia reinante y conserva una bella *virgen* de Giotto. En el antiguo convento de la famosa congregacion de *Monte Oliveto*, se acuerda uno de Tasso, que pobre y sufriendo, encontró allí un asilo. El poeta pagó la benévola hospitalidad de que era objeto con su poema que no acabó: *Origine della congregazione di Monte-Oliveto*. La iglesia, muy bien conservada, es un verdadero museo de escultura. El cincel de Juan de Nola se excedió á sí mismo en los cuatro Evangelistas que adornan la capilla de *Ligoiri*.

Santa María del *Cármine*, una de las iglesias más populares de Nápoles, es ingrata para el artista, pero rica para el cristiano y para el sabio. Al primero le presenta el milagroso crucifijo que durante el sitio de Nápoles en 1439, bajó la cabeza á fin de esquivar una bala de cañon. Cada año, al día siguiente de Navidad, se le presenta á la veneracion pública, y toda la ciudad, y los magistrados á su cabeza, vienen á honrar aquel signo de salvacion y de proteccion. ¡Honor al pueblo de Nápoles! los corazones reconocidos son raras veces malos corazones. Para el sabio esta iglesia recuerda una de las catástrofes más trágicas de la historia. Era el 29 de Octubre de 1268, y Carlos de Anjou reinaba en Nápoles. Por órden suya se habia levantado un cadalso en la plaza del Mercado, que está delante de la iglesia. Muy pronto se vió que subian á él dos jóvenes príncipes, Conradino de Suabia y Federico su primo; el primero solo contaba diez y siete años. Habia éste llegado á Italia á reclamar sus derechos al trono de Nápoles y fué descubierto y traicionado por el Sr. de Astura, quien le entrega á Carlos de Anjou. La emperatriz Margarita, apenas sabe la desgracia de su

hijo, único heredero de la ilustre casa de Suabia, cuando acude desde el corazon de la Alemania á rescatar su vida. Llega demasiado tarde; los jóvenes príncipes habian perecido por la mano del verdugo, y el desgraciado Conradino solo habia dejado oír este grito: ¡Oh madre mia! qué dolor os causará la noticia que se os va á dar de mí. I La emperatriz consagró á esta noticia el precio inútil del rescate á la iglesia y al monasterio del *Cármine*, en donde su estatua la representa con una bolsa en la mano. Detras del altar mayor pudimos leer á la luz de una lámpara, una inscripcion que señala el lugar en donde fueron depositados los cuerpos de los dos jóvenes príncipes. ¡Extraña vicisitud! En aquella misma plaza del Mercado, teatro del *rejuicio*, estalló dos siglos más tarde la *revolucion* popular dirigida por Mazaniello.

Un espectáculo más consolador nos esperaba en el *Jesus Nuevo*. En la casa de los jesuitas, contigua á esta iglesia, está la cámara inmortalizada por las virtudes del padre Gerónimo. Este santo religioso, que acaba de colocar Roma en los altares del mundo católico, habitó durante cuarenta años aquella pequeña y oscura celda. Su cuerpo descansa bajo un magnífico altar en el cual pudimos venerarle. Recordamos que el hombre de Dios, teniendo un día en sus rodillas á San Alfonso de Ligorio, todavía niño, decia á la madre de este pequeño ángel: "Yo estaré en el cielo antes que él, pero seremos canonizados el mismo día." El acontecimiento ha probado que el santo fué profeta.

Nos quedaba bastante tiempo para ha-

I La historia añade que este príncipe desgraciado arrojó su guante desde lo alto del cadalso, en señal de la investidura que daba á aquel de sus parientes que quisiera vengarle. Un caballero que tuvo el atrevimiento de tomarlo, lo llevó á Jacobo I, rey de Aragon, quien lavó en torrentes de sangre napolitana el asesinato del joven príncipe.

cer una excursión al lago de Agnano. Diez minutos después de haber atravesado la gruta de Pausilipo, se deja á la izquierda el camino de Pouzzoles, y en una hora de marchas forzadas se llega al lago solitario. Lo que atrae á los viajeros, no es ni el lago mismo, ni su cintura de montañas gibosas, parque reservado á la caza real; es simplemente su caverna sulfurosa, llamada la gruta del Perro. Del suelo que pisa el viajero y de las montañas volcánicas que limitan su estrecho horizonte, se desprenden diferentes gases cuya alta temperatura anuncia la proximidad de fuego subterráneo. De la célebre gruta se exhala tal cantidad de ácido carbónico que sería imposible vivir allí largo tiempo. «Excelencias, nos dijo el campesino que explota la curiosidad de los viajeros; hacedme el favor de agacharos, de llevar vuestra mano hasta el suelo y de subirla prontamente hasta la altura de vuestro rostro». Concedimos esta gracia al buen hombre. Después de dos ó tres movimientos de mano que nos hicieron subir hasta las narices un ardiente vapor, nos fué necesario salir violentamente, nos sentíamos asfixiados.

Fué ménos dichoso el pobre experimentador que nos siguió; el campesino llevó al desgraciado perro á demostrar la abundancia y la fuerza mortífera del gas carbónico. Lo tomó, lo introdujo por fuerza á la gruta y lo tuvo en ella acostado, y un minuto después hubiérais visto al pobre animal presa de espantosas convulsiones y respirando apénas. Entónces su amo lo arroja fuera de la gruta; al recibir sus pulmones el aire puro, se salvó. Pero ¡ay! los viajeros siguen, las experiencias se renuevan y la vida del pobre perro pasa en desvanecimientos perpétuos. Mientras compadeciamos la suerte del interesante animal, el campesino encendía una antorcha que introdujo á la gruta. Mientras estuvo á la altura de la capa atmosférica

saturada de carbon siguió ardiendo; apénas se sumergió en ésta cuando se apagó instantáneamente, como una antorcha que se arroja en un río; la misma experiencia se renovó seis veces. Cerca de la gruta del perro existen cavernas sulfurosas, cuya temperatura se eleva hasta 45 grados, y están de tal modo impregnadas de azufre, que un pedazo de madera que se frota contra sus paredes, se enciende como un cerillo químico. Las personas atacadas de reumatismo van á tomar allí baños de vapor, que se dice son muy eficaces.

Algunos días ántes de las erupciones del Vesubio, todas las grutas sulfurosas se agitan, producen humo, arden, y el lago hierve; éste es un signo precursor del temible fenómeno. Dios grande y magnífico en el cielo de Nápoles y terrible en los focos incandescentes ocultos bajo el suelo, se muestra aquí lleno de solicitud hácia esta ciudad indolente y ligera, que baila, que canta y que duerme bajo aquella corteza de tierra que la separa de insondables estanques de fuego.

De vuelta á Pausilipo, salvamos el flanco escarpado de la montaña con el fin de visitar las ruinas famosas de que está cubierta. Sobre aquel gracioso promontorio se encuentran las cisternas y los receptáculos de la inmensa vila de Védio Polion. Allí se guardaban las antiguas lampreas alimentadas con la carne de los esclavos condenados á muerte por su mal servicio. «Un día, dice Séneca, almorzaba Augusto en casa de Polion; un esclavo de éste último rompe un vaso de cristal; Védio manda al punto que se apoderen del torpe, y como si hubiera cometido el más enorme de los crímenes, le condena á ser arrojado vivo á unas grandes lampreas que alimentaba en una piscina, más bien para satisfacer su crueldad que su gula. El esclavo se escapa y va á caer á los piés de César, pidiendo, no que se le perdonara la vida,

porque él conocía muy bien á su señor, sino que se le condenara á perecer de otro modo y á no ser comido por aquellos cruciales pescados. El emperador se humilla hasta implorar la compasión de Polion, que permanece inexorable. Entónces cediendo á un noble movimiento de indignación, Augusto concede gracia plena y entera al culpable; manda romper todos los vasos de cristal, ordena que se destruya la infame piscina en la cual Védio, que es de raza de libertos, daba el espectáculo de un Romano despedazado y devorado en un instante por aquellas especies de serpientes acuáticas. 1.

Ved ahí todo lo que el señor del mundo creyó poder hacer en favor de la humanidad ultrajada. No obstante, este rasgo tal como es, honra al primero de los Césares. Porque es necesario que algunas páginas mas léjos, la historia agregue: «Un día Augusto mandó crucificar á uno de sus esclavos por haber mandado asar y haberse comido una codorniz que en los combates de estos pequeños animales venía á todos los demas y hasta entónces se habia mostrado invencible. 2.

Inmediatamente arriba de la entrada de Pausilipo, del lado de Nápoles, está el pequeño *Columbario*, considerado como el sepulcro de Virgilio. Una gruta levanta algunos metros sobre el suelo, desnuda, sin escalones y cubierta de rosas, hé ahí lo que es hoy la tumba del príncipe de los poetas. Apénas puede leerse en una de las paredes el epitafio que el mismo Virgilio se habia compuesto, manifestando su voluntad de ser enterrado en Nápoles:

Mantua me genuit; Calabri rapuere; tenet nunc Parthenope: cecini pascua, rura, duces.

El laurel plantado por Petrarca y renovado por Camille Delavigne se ha secado; arranqué de allí, como un recuerdo;

1 Senec de Ira, III, 40 Dio, LIV, p. 614; Plin., IX, 27; Senec de Clementia, I, 18.

2 Plutarco, Apoptegma, Rom., 10.

una hoja de moral salvaje. Debo añadir que un inglés mandó que se le inhumara cerca de la tumba virgiliana; diríase que al privilegio del *Spleen*, el nómade hijo de Albion quiere agregar el monopolio de todas las *excentricidades*. Cuando bajamos de la montaña visitamos á Nuestra Señora del *Parto*, fundada por Sannazar este otro poeta, mitad cristiano, mitad pagano en sus obras, se muestra tal hasta en su monumento fúnebre demasiado aplaudido. Terminamos nuestra larga jornada ofreciendo nuestros adioses á la guardiana de los viajeros, en la piadosa iglesia de Santa María á *Piè di Grotta*. Allí encontramos una gran afluencia de fieles de todas edades y condiciones que piadosamente arrodillados ante la imagen milagrosa de la Augusta Virgen cantaban en coro sus glorias divinas y sus bondades maternales.

21 DE FEBRERO.

Gruta de Pausilipo.—Pouzzoles.—Recuerdo de San Pablo.—Catedral.—Recuerdo de San Juan.—Pedestal del templo de Tiberio.—Templo de Sérapis.—Vía Campaniana.—El lago Lucrino.—Anécdota.—El lago Averno, y la gruta de la Sibyla.—Baja.—Cúmas.—Bailli.—El cabo Myscena.—Piscina admirable.—Los Campos Elíseos.—El Macaroni.—Recuerdos é impresiones.

Nápoles, casi como Roma, es la tierra clásica de la antigüedad pagana. Hácia los últimos tiempos de la República, la seductora Parthénope y sus encantadoras orillas habian llegado á ser el punto de reunion general, el Baden de la alta sociedad romana; no habia una familia célebre que no tuviera su vila en las deliciosas orillas del golfo de Baja. Hé ahí por qué Virgilio, como hombre de génio, como poeta que quiso llegar á ser popular, colocó en aquellos lugares el teatro de los más brillantes episodios de su poema nacional. Para hacer un conocimiento íntimo con aquel mundo de Augusto, de Ti-